

## *Mi vida de misionero en la República Democrática del Congo*

*Patxi Otondo<sup>1</sup>*

A primeros de marzo de 1968 llegábamos a Kinshasa, capital de la entonces llamada República del Congo-Kinshasa, cuatro compañeros misioneros: dos belgas, un alemán y un español. Los cuatro habíamos pasado tres meses de estudio de la gramática swahili en Bélgica, ya que el Centro de lenguas de Bukavu, donde deberíamos haber estudiado en principio dicha gramática, se había cerrado a causa de un intento de guerra de secesión en la región del Kivu, dirigido por mercenarios europeos.

En Kinshasa comenzó mi vida de misionero o de enviado al Congo, país tan distinto de lo que yo conocía. Sí, ya estaba en África. Hacía calor, sus habitantes eran de raza negra. Era raro encontrar algún blanco. Normal, pero había que vivirlo.

Después de unos días en la capital visitando la ciudad y a algunos compañeros, salimos en avión para nuestros destinos respectivos: dos para una diócesis y dos para otra; la nuestra al extremo este del país, a cerca de dos mil kilómetros de la capital.

Tuve tres meses para continuar el estudio y la práctica de la lengua swahili. Era el precio a pagar para insertarme en la cultura del país. Periodo difícil pero necesario. Me acuerdo que pasé algún momento difícil por las preguntas que surgían en mi. No dudaba de la necesidad del estudio de la lengua si quería vivir en este país, pero me preguntaba si yo sería capaz de compartir mi vida con personas de otra cultura. Conforme iba aprendiendo la lengua, me daba cuenta de que lo que me diferenciaba de los congoleños no era la lengua que poco a poco iba asimilando, ni el color de la piel, sino que éramos distintos sobre todo por nuestra forma diversa de pensar y de actuar en la vida. Nuestra cultura era distinta. Entonces me pregunté: ¿merece la pena quedarme en el Congo, intentando que mi vida esté unida a la de sus habitantes tan distintos a mí?. ¿Seré capaz de intentar comprenderlos y caminar con ellos aportándoles lo mejor que llevo dentro?. ¿Podremos convivir? De hecho, el constatar que poco a poco me iba sintiendo a gusto en el contacto diario con los congoleños y ver también que otros compañeros que llevaban tiempo en el país vivían razonablemente alegres, me ayudó a

---

<sup>1</sup> Padre Blanco, actualmente en Jerusalén

convencerme de que merecía la pena que me quedara, uniéndome cada vez más a los congoleños a quienes me sentía enviado y a los compañeros con quienes vivía y compartía la misma vocación misionera de enviados al Congo.

Una vez aprendida la lengua, por lo menos para entenderme con la gente, vinieron los diferentes nombramientos para diversos servicios. Me ha tocado trabajar en cinco diócesis distintas, en la pastoral parroquial, un corto periodo en la enseñanza en un colegio antes de la nacionalización de las escuelas, también al servicio de los compañeros. Los primeros 17 años transcurrieron en situaciones normales de seguridad.

**En noviembre de 1985, viví el ataque y la toma de la ciudad donde se encontraba nuestra parroquia por un grupo de rebeldes.** A los pocos días llegaron unos dos mil quinientos soldados del ejército nacional para restablecer el orden. Tuvimos que organizar primero la acogida de los civiles que huían de los enfrentamientos y su protección, y después los contactos para evitar lo más posible las represalias del ejército. En aquellos acontecimientos los misioneros no nos sentimos personalmente amenazados. Tanto los rebeldes como los responsables del ejército nos escuchaban y respetaban; la población agradecía mucho el que nos quedásemos en nuestra casa, a su servicio. Después de este hecho aislado en la ciudad donde nos encontrábamos, la situación del país al inicio de 1980, era de convulsión política con la Conferencia Nacional Soberana, que intentó preparar, sin conseguirlo totalmente, unas elecciones libres. A pesar de todo, en este periodo, se podía viajar con seguridad por todo el país y trabajar normalmente.

**Las esperanzas de una transición tranquila hacia la democracia se desvanecieron con las guerras sucesivas:**

La primera guerra comenzó en octubre de 1996, cuando los ejércitos de Uganda y Rwanda invadieron el país apoyando a Laurent Kabila. Este tomó el poder después de 7 meses de combate, en los que el ejército de Mobutu opuso muy poca resistencia. Mucha gente consideró esta guerra como un mal menor, necesario para destronar al dictador Mobutu, enfermo de cáncer. Otros pensaron que para doblegar al dictador, y establecer una democracia no era necesaria una guerra, que de hecho causó la muerte de numerosos civiles congoleños y la persecución y muerte sistemática de millares de refugiados rwandeses. El Arzobispo de Bukavu, Christophe Munzihirwa fue también asesinado el 29 de octubre de 1996, primer día de la ocupación de Bukavu, por su postura clara en contra de la guerra como vía de solución del conflicto de la región.

Como los que ganaron la guerra no se entendieron en el reparto del poder, el **2 de agosto de 1998 comienza una segunda guerra**, esta vez contra el Presidente Laurent Kabila, **acusándolo de dictador y corrupto.** De nuevo los ejércitos de Uganda, Rwanda y esta vez también del Burundi invadieron territorios importantes del Congo en apoyo a movimientos de liberación dirigidos por algunos congoleños. Esta guerra duró prácticamente cinco años, ya que Laurent Kabila consiguió el apoyo de los ejércitos de

Zimbabwe, Angola y otros países. Después de múltiples acuerdos parciales, en África del Sur **se llegó por fin al llamado acuerdo global e inclusivo**, el cual permitió la formación de un gobierno de transición, plétórico de ministros de todas las tendencias, **en junio del 2003**. Las consecuencias de esta larga guerra, para algunos, “guerra de baja intensidad”, fueron desastrosas: el país se fraccionó, ya que cada movimiento rebelde impuso su administración en la región que controlaba. Se impuso la fuerza de las armas, los derechos humanos más elementales fueron conculcados con la impunidad más absoluta y lo peor, según los expertos, fue la muerte de unos tres millones de personas por la guerra y sus consecuencias, como el hambre y la falta de atención mínima sanitaria para los millones de personas que huían a la selva. La población congoleña en su conjunto no ha apoyado dicha guerra sino que la ha vivido como víctima, ya que por una parte no la consideraba necesaria y por otra parte se ha dado cuenta de que los rebeldes, en los territorios que controlaban, no han practicado la democracia ni luchado contra la corrupción, razones aducidas para justificar dicho conflicto bélico.

### **¿Cómo he vivido como misionero en esta situación de conflicto?**

Gran parte de este periodo de guerra lo he vivido como responsable de un grupo de 65 Misioneros de África (Padres Blancos), todos ellos trabajando en el Congo, por lo tanto algunos aspectos de los que escribo afectan a vivencias propias y otros a vivencias de compañeros. También me parece importante señalar cómo ha actuado la Iglesia local, en la que los misioneros estamos encarnados y con quien colaboramos.

**En unión con la iglesia local.** He tenido la suerte de vivir varios años en la diócesis de Bukavu, en la que, por su situación geográfica de frontera con Rwanda, fue donde se iniciaron las dos guerras. Esta diócesis o ciudad, por la actitud de resistencia de la sociedad civil y el talante de sus dos Arzobispos es considerada en el país como la abanderada de la no violencia activa o evangélica. Como he dicho anteriormente, su Arzobispo **Christophe MUNZHIRWA**, originario de la región de Bukavu, después de haber acogido a unos 500.000 refugiados rwandeses y escrito a las más altas autoridades mundiales sobre la situación precaria en que vivían los refugiados y su derecho a regresar a su país en condiciones previstas por el derecho internacional, habiéndose pronunciado también sobre el peligro de una guerra en la región de los Grandes Lagos y sobre la necesidad de solucionar los conflictos por la vía de la negociación, muere asesinado por los que ocuparon la ciudad el 29 de octubre de 1996. En su despacho se encontró un papelito con una cita de Mons. Romero: *“pueden matarme, pero no podrán matar la verdad”*. Para la gente de Bukavu, no hay duda que Mons. Munzehirwa es un santo mártir.

Su sucesor como Arzobispo de Bukavu, **Emmanuel KATALIKO** fue un hombre sencillo, profundo, cercano al pueblo. Le tocó vivir la segunda guerra de “liberación” que se inició precisamente en Bukavu. Animó a la comisión justicia y paz de la diócesis a analizar la situación socio-política e informar tanto al interior como al exterior del país sobre la guerra de ocupación y sus consecuencias desastrosas.

Enterró a dos sacerdotes y tres religiosas asesinadas junto con centenares de civiles por los “liberadores”. Sufrió el hecho de que varias de las parroquias de su diócesis y sus infraestructuras de enseñanza y sanidad fueran expoliadas y sus responsables amenazados y algunos maltratados. Escribió varias cartas pastorales en lenguaje sencillo y comprensible para el pueblo. En la carta firmada el 24 de diciembre de 1999, invitando a la celebración del jubileo 2000, escribía: *“nos comprometemos con coraje, con decisión y firmeza, a vivir al lado de todos los oprimidos y, si fuera necesario, hasta la sangre, como lo han hecho Mons. Munzehirwa, el párroco y las hermanas de Kasika, el sacerdote Georges Kakuja y tantos otros cristianos. El Evangelio nos empuja a rechazar la vía de las armas y de la violencia como solución de los conflictos. Lucharemos por la libertad con nuestros sufrimientos y nuestras oraciones y así conduciremos nuestros opresores a la razón y a su libertad interior”*

Pocos días después, las autoridades del movimiento rebelde Agrupación Congoleña para la Democracia que controlaban la región de Bukavu, impidieron por la fuerza el regreso del Arzobispo Kataliko a su diócesis, después de un viaje. Vivimos momentos duros pero interesantes de no violencia activa como sentadas pacíficas, cierre de las escuelas como protesta, toques de campanas y cacerolas al medio día, firmas de un manifiesto pidiendo el regreso del Pastor. Todas las confesiones religiosas se unieron en el empeño, practicando el diálogo interreligioso en la vida. Cuando pudo regresar después de siete meses, fue la gran fiesta de toda la población. Al poco tiempo Emmanuel Kataliko viajó a Roma para una reunión de Obispos africanos en la que afirmó, en presencia de sus compañeros Obispos que se preguntaban cómo actuar en situaciones de los múltiples conflictos del continente: *“los Obispos de África debemos hablar, ya que el pueblo nos mira y espera una palabra nuestra. Debemos hablar porque el pueblo sufre. Debemos hablar a los Jefes de Estado, debemos hablar a los que nos dirigen, debemos dirigir a África un mensaje de reconciliación y de paz”*. Fueron sus últimas palabras a sus compañeros Obispos, ya que unas horas después, el 4 de octubre del 2000 moría en Roma de un infarto.

Estos dos Arzobispos, enterrados uno al lado del otro, cerca de la catedral de Bukavu son considerados como pastores excepcionales. Habían vivido plenamente las palabras del Concilio con la que comienza Gaudium et Spes nº 1: *“los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez los gozos y las esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo”*.

**Misioneros solidarios.** También los misioneros hemos querido y queremos seguir viviendo esta misma solidaridad de destino con el pueblo al que hemos sido enviados, solidarios en la alegría y en el llanto. (Rom.12,15). Al comienzo de la guerra del 1998, cuando varios compañeros se encontraban de vacaciones, pregunté a Mons. Kataliko si le parecía oportuno que volvieran al Congo. Me respondió: *“conoces la situación precaria en la que vivimos, me gustaría que los que son capaces de asumirla, vengan a vivir con nosotros”*. De hecho, todos los que se encontraban de vacaciones volvieron al Congo.

Todos hemos sufrido la decisión de los poderosos de solucionar los problemas o conflictos del Congo y más ampliamente los conflictos de la región de los Grandes Lagos por medio de la guerra. Nunca pensamos que fuera una guerra justa sino una guerra sin sentido y de consecuencias desastrosas para nosotros y sobre todo para la población. Si la mayoría de los compañeros no han sido directamente amenazados, todos hemos vivido situaciones de mayor o menor inseguridad.

Algunas comunidades fueron visitadas por personas armadas cuyo objetivo era robar. En todas partes, los rebeldes, según iban avanzando, se apropiaron de las radio aficionado, los medios de comunicación que entonces poseíamos para comunicar entre los diferentes puestos de misión. Se los llevaban, probablemente para impedir que se comunicara con el enemigo. Prometían que los devolverían, pero exceptuado un caso, los demás aparatos desaparecieron y nos dejaron sin posibilidad de comunicación por radio.

Quienes probablemente lo pasaron peor, fueron los que se encontraban más alejados de las ciudades, en localidades cercanas a algún frente de batalla. En cuatro puestos de misión de zonas rurales, después de aguantar durante meses situaciones inseguras, los misioneros y misioneras tuvieron que abandonar a la población y sus puestos de trabajo, prácticamente con lo puesto. Un compañero fue herido de bala y otro se fracturó el tobillo en su huida por la selva.

A pesar de todo, doce meses después, cuando nos parecía que la situación se había tranquilizado, la mayoría volvieron a sus puestos. A su regreso todo estaba tranquilo, pero a los pocos meses, una comunidad tuvo que vivir de nuevo múltiples peripecias porque el lugar en que se encontraban cambió diez veces de mando: es decir, unos días estaban en manos de los "liberadores" rebeldes del RCD que controlaba la región y al poco tiempo pasaban a manos de milicianos también "liberadores" mai-mai, y así sucesivamente.

**A consecuencia de los acuerdos del cese de las hostilidades en 2002**, la seguridad ha ido mejorando progresivamente y podemos trabajar normalmente.

*Algunos se preguntan por qué los misioneros o misioneras preferimos o escogemos quedarnos allí donde vivimos, aún en situaciones conflictivas o incluso situaciones de guerra, más bien que salir del peligro y regresar cuando las cosas se han tranquilizada.* La respuesta a esta pregunta no es fácil, ya que las situaciones ofrecen mayor o menor peligro. Además los peligros de los hombres y mujeres frente a personas armadas son diferentes. Y sobre todo hay que tener en cuenta el hecho de que cada persona reacciona a su manera en momentos de peligro e incluso la misma persona puede reaccionar diferentemente ante la misma o similar situación de peligro en diferentes momentos de su vida. Por ello cuando a un compañero, la situación en la que vive le impide vivir con un mínimo de paz, se le invita a cambiar de sitio. Por otra parte, creo que el misionero sin ser un héroe que busca el martirio, sin

exponerse inútilmente a meter su mano en la boca del león, intenta vivir el consejo de Jesús de *ser sencillo como paloma y prudente como serpiente*.

Normalmente, si su equilibrio humano y espiritual lo permite **se queda con la gente compartiendo su destino**, en lugar de huir al escuchar el primer tiro o incluso antes de escuchar el primer tiro, como lo hacen algunos que tienen información privilegiada. Sin intención de juzgar a nadie, creo que la solidaridad de destino es algo profundamente humano que toda persona comprende y, en algunas circunstancias, es lo único verdadero que podemos ofrecer.

Cuando los compañeros de una parroquia rural se quedaban solos en su casa ya que la gente huía al escuchar los fusiles del atacante de turno, cuando, a pesar de encontrarse solos, por la mañana tocaban la campana, la gente lo agradecía en su refugio de la selva el sonido de la campana. Este sonido les recordaba que no estaban solos, los misioneros estaban con ellos.

### **Mis convicciones:**

- La primera es que, si es posible, **hay que quedarse con la gente** que vive en situación de guerra. Todo ello, siempre y cuando se llegue a vivir en la situación concreta de conflicto con un mínimo de equilibrio y paz interior. Sin equilibrio y paz interior es mejor alejarse de la situación conflictiva, por el bien de la persona y por el bien de sus compañeros.
- **Quedarse por razones de solidaridad humana.** Cuando vivimos juntos los momentos difíciles y a veces trágicos es cuando normalmente se profundiza la amistad.
- **Para los creyentes en Jesús el quedarse es intentar vivir y celebrar su mandamiento nuevo:** Amaos los unos a los otros como yo os he amado, en esto conocerán que sois discípulos míos (Juan 13,34-35). No amemos de palabra o de lengua sino en acto y en verdad (I Jn 3,18).
- **Me parece importante intentar vivir los conflictos en unión con los responsables de la Iglesia local y con las comunidades de base.** Estamos en la misma barca, a veces toca remar en el sentido de la corriente y otras contra corriente. Juntos tenemos que unirnos para proclamar que la guerra no es la solución a los conflictos, analizar juntos las razones de la guerra y sus consecuencias y comunicarlo al interior como al exterior del país.
- **Me parece necesario denunciar las implicaciones de occidente en la guerra del Congo.** Varias veces los congoleños me han dicho: *“los que habéis querido que haya comenzado la guerra del Congo sois vosotros los occidentales, si queréis vosotros, esta guerra se pararía inmediatamente”*. Este razonamiento aunque simplista tiene bastante de verdad, porque la guerra del Congo no es solamente falta de entendimiento entre congoleños, ni esencialmente una guerra étnica sino una guerra de intereses económicos: la búsqueda del diamante,

oro, uranio, cobalto, madera, coltan y otros metales estratégicos. Ello unido al tráfico de armas y a la falta de una mínima organización del Estado hace que los ingredientes para la guerra estén servidos en bandeja de plata.

- Si queremos que la aldea global se construya sobre mínimas bases de objetividad, los que no tenemos intereses en dichas guerras económicas o de estrategia, tenemos la obligación de decir lo que vemos, porque la mentira nos hace daño y porque la desinformación calculada acarrea la muerte de millones de personas sin voz.
- **Importante es el compromiso con las comunidades de base, la sociedad civil y todas las personas de buena voluntad en la reconstrucción del país.** Es tarea inmensa por la situación tan precaria del país. Sin embargo el país no se reconstruirá solo. Es necesario el compromiso de todos sus habitantes y también la concertación de los misioneros. Los pequeños o grandes compromisos en el sentido de la verdad, justicia, libertad, amor y reconciliación serán los pilares de la paz y de la reconstrucción del país. Para los creyentes es y será la construcción del Reino de Dios.
- **En resumen, me siento enviado por Otro para crear fraternidad en un lugar y con personas concretas. Su Espíritu me precede actuando en las personas con quienes yo entro en relación. El nos indicará o nos insinuará los caminos de fraternidad si somos capaces de buscarlos y seguirlos juntos.**